

CONFERENCE INTERNATIONALE D'ETUDES SUR L'UTOPIE

(5-7 Junio 1981)

UTOPIA, TIERRA PROMETIDA, EMIGRACION Y EXILIO

por Fernando Ainsa

Detrás de toda utopía hay siempre un territorio, pero un territorio que no está "aquí" , un territorio siempre lejano, distanciado de la realidad inmediata en el espacio o en el tiempo. En el tiempo, cuando la utopía reivindica el pasado como "una edad de oro" o apuesta al futuro con fe y esperanza. En el espacio, cuando la utopía se sitúa en un país o en una isla lejana, en un territorio más o menos desconocido o imaginario. La lejanía geográfica es la mejor garantía de la posible existencia de la utopía, un carácter de "aislamiento insular" que está en el origen mismo de la obra concebida por Moro y Campanella. Pero mientras la utopía en el tiempo supone un devenir histórico más o menos idealizado, la utopía en el espacio puede prescindir de toda causalidad histórica. La "distancia" y su consiguiente exotismo evitan justificar todo proceso o intentar provocar un cambio y hacerle frente en sus leyes ineluctables.

Este carácter " a-histórico" de la utopía en el espacio, independiente de todo devenir o causalidad, explica la gran atracción que ha provocado la imagen de lejanas "tierras prometidas" en el alma del ser humano. Emigrar ha sido siempre una forma de escapar a un destino histórico y acceder a una posible utopía en el espacio sin el esfuerzo del cambio revolucionario en el medio en el que se vive.

Todo ser humano es un emigrante en potencia. "Todo hombre alimenta secretamente el sueño o la utopía de una tierra prometida - ha escrito Salim Abou (1) - de un lugar donde, sin obstáculos, pueda llegar a ser lo que es o lo cree ser, desarrollar su identidad personal y cultural sin presiones." El anhelo de establecer una "distancia espacial" entre el lugar de residencia "rutinaria" y cotidiana y el espacio utópico

lejano es inherente a la condición humana del oprimido que no ve otro modo de escapar a su circunstancia histórica. Esta circunstancia puede ser la atmósfera opresiva de su pequeño pueblo natal, las tradiciones rígidas de su familia, el sistema de su país empobrecido o tiranizado, el esquema de su clase social sojuzgada o de su religión intolerante. En el origen se trata siempre de escapar con un gesto enérgico y decisivo de "los límites de una pequeña existencia cuyas líneas estaban trazadas de antemano" (2), o de salir "del estrato de sociedad cristalizada a que se pertenece" (3) para ir hacia un territorio desconocido donde se pueda construir una forma secularizada del Paraíso en la tierra.

En este movimiento, el emigrante siempre idealiza la tierra a la que va, aunque sea desconocida, porque el hombre siempre ha visto la felicidad en el lugar "donde no esté". "Nadie es profeta en su tierra", dice el refrán popular, explicando el deseo de emigrar, muchas veces envuelto en la aventura, el riesgo y la ilusión de una vida mejor. Esta tierra prometida puede ser la gran capital para el campesino sujeto a un sistema de explotación feudal, puede ser un país lejano del cual llegan los vagos ecos de los que han triunfado o una tierra absolutamente desconocida, donde "todo es posible", y una realidad puede ser forjada a la medida de los deseos del emigrante.

En la decisión de emigrar hay un profundo desgarramiento inmediato mezclado con una esperanza desproporcionada volcada hacia el nuevo territorio al que se apuesta. Generalmente se parte de la miseria, la opresión y la escasez y se va "a un país de futuro", a "un país de Jauja", a "un Paraíso", como han testimoniado emigrantes en Canadá, Estados Unidos, la Argentina y el Brasil.

Esta idealización de "la tierra prometida" puede tener un carácter religioso, como en la bíblica emigración del pueblo judío conducido por Moisés o de "revelación", como en la leyenda que circulaba a principios de este siglo entre las comunidades pobres de la Polonia oriental, donde se decía que la Virgen María había disipado para los campesinos polacos las brumas que cubrían las tierras del Paraná, convirtiendo esa lejana parte del mundo en un paraíso que les estaba destinado (4).

El emigrante apuesta más o menos libremente a esta "tierra prometida". A diferencia de su sentido de apuesta y aventura, el exiliado político - al que también queremos referirnos en su relación con la utopía - no tiene otra alternativa que elegir otra tierra para salvarse de la persecución, de la cárcel y aún de la muerte que lo espera en su país. El emigrante busca una "tierra prometida", el exiliado deja la esperanza de haber intentado forjar la utopía en su propio país. Uno está motivado por la fe en el futuro, el otro por la que tuvo en el pasado. El emigrante busca la utopía en el espacio, el exiliado la ha buscado en el tiempo y ha sido derrotado.

Por eso, emigrantes y exiliados tienen una actitud diferente cuando desembarcan en la "tierra prometida". Sin embargo, aunque su actitud sea diferente - una esperanza abierta para el emigrante, una amarga derrota para el exiliado - poco a poco, tienden a confundirse.

Al llegar a la tierra prometida, el emigrante encuentra siempre obstáculos, bastante similares a los del exiliado : el rechazo más o menos directo de una sociedad que ya estaba organizada antes de su llegada y que siempre parece excluirlos, por muy permeable que parezca. La decepción, más o menos matizada, espera al emigrante que confronta la realidad-real del

"nuevo mundo" con sus sueños y esperanzas. Esta decepción lo acercará al exiliado. El mundo al que han accedido ambos, por muy abierto que se aparezca, está siempre poblado por "otro", alguien que residía en él antes de su llegada. Otro idioma, otras leyes, otras costumbres, otra cultura, otro clima, otras dimensiones, este carácter de "otro" marca la inevitable primera decepción.

La tensión del encuentro cultural marca todas las emigraciones, tanto la de quienes debieron batirse contra los indígenas en la América virgen de los siglos XVIII y XIX, como la lucha por el espacio vital de los portorriqueños contra los irlandeses en el West-Side de Nueva York o la de los trabajadores argelinos en la periferie de París.

En esta primera lucha el emigrante ya se confunde con el exiliado político. Ambos tratan de afirmarse en la nueva realidad, ninguno trata de desaparecer. Su mundo - como ha dicho Salim Abou - se divide en dos zonas : "Confía sus relaciones primarias (emocionales) al círculo familiar y al de la colectividad étnica, y con la comunidad receptora sólo mantiene relaciones secundarias, de negocios. A partir de esta división, se contenta con adoptar los modelos de conducta exigidos por la vida pública en el nuevo país y mantiene intactos los modos de pensar y de sentir heredados de su cultura original. Lo que busca en el medio familiar o étnico son apoyos afectivos sólidos que le permitan enfrentar sin excesiva angustia el proceso conflictivo que le provoca la necesidad imperiosa de aprender un código cultural en un clima de presión emocional pronunciado" (5).

Ambos, en la imposibilidad de haber forjado la utopía en el mundo del cual son originarios o en el "nuevo mundo" al que han emigrado o en el que se han exiliado, tienden a refugiarse en la nostalgia, muchas

veces concretada en reproducciones en pequeño de la vieja realidad. Barrios étnicos en las grandes metrópolis - chinos, judíos, italianos, árabes, africanos, agrupándose en la Little Italy, en las múltiples China Town, en las juderías, en las medinas, en las ciudades de nombre repetido - Barcelona, Valencia, York (Nueva York), Granada (Nueva Granada) - y en las de nombre utópico evocador : Florida, Antillas, Brasil, Perú, para zonas y países; Jardín América, Puerto Alegre, Ciudad Paraíso, Puerto Edén, para las localidades que evocaban la tierra prometida. Pero también las "Casas" de España, multiplicándose con desgarrada nostalgia por toda la América que recibió a los exiliados españoles; "Casas" del Uruguay, de la Argentina, de Chile, en las capitales europeas que han recibido ahora las oleadas de exiliados de América Latina. Todos, de un modo u otro, tratando de salvar "algo" del país de origen en una sociedad nueva que, por el sólo hecho de ser diferente, tiene que ser hostil.

Así es que, cuando la utopía no fue posible allá (exiliado) o no es posible aquí y ahora (emigrante) no queda más que intentar la integración. Pero como ha dicho Pierre George, "la integración pasa por la neutralización de las decepciones" (6). Esta neutralización de las decepciones es mucho más difícil en el exiliado, porque el emigrante está más motivado al acercarse a la "tierra prometida" y está más dispuesto a-priori a dejarse seducir por las costumbres del país al que emigra. Para el exiliado, la renuncia al proyecto de utopía original, la que fue derrotada y lo empujó al exilio, es generalmente muy dura. El exiliado tiende a refugiarse en un ghetto cultural y político que rechaza la sociedad receptora, que se refugia en una memoria inmovilizada en el tiempo (el tiempo de la derrota del proyecto utópico y de la ruptura con su medio original) y que renuncia a proyectos nuevos en la

tierra que lo ha acogido, porque siempre espera que todo volverá a ser posible en su país de origen.

Esta esperanza de que todo volverá a ser como antes, una por igual emigrante en la forma al/serbio y búlgaro que sueñan con las viejas monarquías derro- tadas en un mundo presente de socialismo, al exiliado español que esperó cuarenta años la caída "inminente" de Franco, al chileno que apuesta con fervor al derrocamiento de Pinochet en cada lectura de un breve despacho de agencias noticiosa leído en un rincón de una página de un periódico editado en una lengua que no es la suya.

Neutralizar las decepciones, integrarse, sólo es posible hacerlo a costa de muchas concesiones donde van quedando los girones de una concepción utópica. Pero aunque se integre y aún cuando llegue a triunfar, el emigrante y el exiliado, nunca podrá sentirse totalmente aceptado o reconocido por el "nuevo mundo". Detrás de cualquier éxito, estará siempre su condición de "extranjero", sutil o abierta, perceptible en un gesto, en un acento inevitable, en la conciencia de la imposibilidad de ser aceptado en determinados círculos, aunque no interese integrarse a ellos.

La única forma de superar esta condición será a través de los hijos, los hijos que el emigrante o el exiliado dan al país que los ha acogido. El hijo no tendrá conciencia del Paraíso perdido, no esperará nacer en la tierra de la utopía. Esta segunda generación estará naturalmente integrada a la nueva sociedad, pero esta empresa no se realiza sin nuevas dificultades.

El hijo de padres extranjeros - emigrantes o exiliados - para ser hijo total de la sociedad en que ha nacido, tiene que romper en un momento deter- minado con ~~ix~~ su medio familiar, con las tradiciones que lo marcan y en esa re- baldía hay un nuevo desgarramiento. La destrucción del pasado de los padres,

el aniquilamiento total de la utopía paterna, es el precio que se paga para la integración y el triunfo de los hijos. Negar la búsqueda de la utopía temporal e histórica de unos o del movimiento migratorio de otros, es una forma de la afirmación sedentaria y por consiguiente exitosa de los hijos en la nueva sociedad. El movimiento migratorio en el espacio geográfico de los padres, debe continuar en el espacio mental de los hijos x (7).

Pero generalmente lo que unos y otros creen ver como una ^urptura total, no es más que una forma de metamorfosis; lo que se cree pérdida de una identidad cultural original, no es más que un enriquecimiento de la nueva sociedad, una alternativa de pluralismo cultural y de diversificación siempre positivos y, sobre todo, dinamizantes.

La emigración y el exilio no deben mirarse a la luz de la utopía perdida en la tierra de origen o en la tierra prometida, sino a la luz de un resultado mucho más modesto, pero mucho más notorio y palpable: el mestizaje cultural. "Es la aculturación la que transforma las sociedades cerradas en sociedades abiertas; el encuentro de las civilizaciones, sus mestizajes, sus interpretaciones son factores de progreso, y la enfermedad, cuando hay enfermedad, no es sino el revés de la dinámica social o cultural" ha escrito Roger Bastide. (8).

Pero si el resultado final está lejos de la proposición original, esta nueva situación no puede ser nunca un argumento para abandonar nuevas posibles utopías. Sólo gracias a su presencia permanente, la dinámica continuará y el juego dialéctico inevitable entre mito y realidad se proseguirá. ¿Cuántos hijos de exiliados españoles en América, son hoy exiliados latinoamericanos en Europa?; ¿Cuántos hijos de estos hijos buscarán o se verán

hoja 8

obligados a buscar nuevos escenarios de la Utopía en el futuro?. Emigración y exilio han hecho la historia de la humanidad; emigración y exilio seguirán haciendo la historia de la utopía.

Fernando Ainsa

París, mayo 1981

LLAMADAS :

- (1): Mito y realidad en la emigración por Salim Abou. Revista Culturas, Vol. VII - No 2; pag. 80. Unesco, París, 1980.
- (2) : L'inmigrant de langue française et son integration a la vie canadienne por Naim Kattan; CIRB, Quebec, Universidad de Laval.
- (3): El medio pelo en la sociedad argentina por Arturo Jauretche pag. 158 (Buenos Aires, 1974).
- (4): The polish peasants in Europe and America por W.I.Thomas y F.Znaniecki; Nueva York, 1958; pag.147.
- (5): Analyse d'une acculturation por Selim Abou, Etudes, octubre 1978, pag.366.
- (6): Les migrations internationales por Pierre George, pag.11, Paris 1971.
- (7): Sin embargo, debe anotarse que muchas veces, una vez roto el cordón umbilical que los unía a sus padres, los hijos del nuevo mundo empiezan a idealizar sus orígenes. Esta idealización puede llegar a asumir las formas de una utopía que se ha invertido en el espacio. Gracias a viejos objetos sacralizados (fotos amarillentas de paisajes remotos, cuadros, recuerdos, cartas y libros) se reconstruye por los hijos una perdida "edad de oro" de los padres, que muchas veces se salda por una respetuosa "peregrinación" a las fuentes del origen : los descendientes de irlandeses e italianos que visitan el país de sus antepasados, el "indiano" que llega al perdido pueblo de Aragón o Extremadura con el corazón lleno de una "nostalgia" de sus orígenes, son un interesante reverso de la misma medalla.
- (8) : Le rêve, la transe et la folie por Roger Bastide; pag.231. París, 1972